



Dissonância

revista de teoria crítica

ISSN: 2594-5025

Instituto de Filosofia e Ciências Humanas

Universidade Estadual de Campinas

www.ifch.unicamp.br/ojs/index.php/teoriacritica

Título	La sensorialidad capitalista en Karl Marx y Georg Simmel: Claves para el análisis sensible de la sociedad contemporánea
Autor	Olga Sabido-Ramos
Fonte	<i>Dissonância: Revista de Teoria Crítica</i> , v. 2 n. 2, Dossiê Marx & Simmel, 2º semestre de 2018
Link	https://www.ifch.unicamp.br/ojs/index.php/teoriacritica/article/view/4319

Formato de citação sugerido:

SABIDO-RAMOS, Olga. “La sensorialidad capitalista en Karl Marx y Georg Simmel: Claves para el análisis sensible de la sociedad contemporánea”. *Dissonância: Revista de Teoria Crítica*, v. 2 n. 2, Dossiê Marx & Simmel, 2º semestre de 2018, p. 224-261.

LA SENSORIALIDAD CAPITALISTA EN KARL MARX Y GEORG SIMMEL

Claves para el análisis sensible de la
sociedad contemporánea

Olga Sabido-Ramos¹

RESUMEN

Este artículo tiene dos objetivos. Mostrar el diagnóstico sobre la “sensorialidad moderna” en Karl Marx y Georg Simmel, así como algunas convergencias y divergencias en sus enfoques. Y, rescatar la vigencia de estos autores y su revitalización en el campo reciente de los “estudios sensoriales”. Respecto a la recuperación de Marx en dicha clave, retomo a David Howes – entre otros autores –, para quien una revisión de su obra permite comprender el “régimen sensorial” de la sociedad capitalista. No obstante, para Howes la perspectiva de Marx tiene un punto ciego, las mercancías también están relacionadas con los deseos y experiencias sensoriales. Es en ese punto donde considero relevante y complementario el aporte de Simmel. Para éste, el capitalismo implica la intensificación de experiencias sensoriales y al mismo tiempo, saturación de los sentidos. Desde mi perspectiva Simmel permite ver cómo, en la sociedad capitalista la relación entre cultura y materialidad se complejiza, pues los

¹ Profesora-investigadora del Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana (Azcapotzalco), México. Correo electrónico: olgasabido@hotmail.com.

objetos adquieren significados afectivos y se inscriben en experiencias sensoriales, a veces en detrimento de las personas. Si bien sus ángulos de lectura son distintos, a la vez resultan complementarios. Mientras Marx está atento a un cuerpo que siente y sufre en el mundo del trabajo, Simmel atestigua la estimulación sensorial de los cuerpos así como su hipersensibilidad y resistencias en ámbito del consumo y las grandes ciudades.

PALABRAS CLAVE

Simmel, Marx, sensorial, sentidos, capitalismo

THE SENSORIAL DIMENSION IN CAPITALISM ACCORDING TO KARL MARX AND GEORG SIMMEL

Two complementaries legacies for the sensorial
analysis of contemporary society

ABSTRACT

This article has two main purposes. At first, it develops the diagnosis of a modern sensoriality in Karl Marx and Georg Simmel, as well as some convergences and divergences in their approaches. Secondly, this article emphasizes the richness of both theoretical perspectives and their revitalization in the recent field of sensory studies. I follow David Howes (2003) for whom Karl Marx provides an analysis of the sensory regime of capitalist society characterized by a sensory deprivation. However, according to Howes, Marx has a blind spot, that is, the commodities are also related to sensory experiences and desires (Howes 2003). I consider that Simmel's approach is a complementary point of view of Marx's diagnosis. According to Simmel, modern society implies the intensification of sensory experiences and, at the same time, saturation of the senses. I argue that

Simmel allows us to capture the complex relation between culture and materiality in modern societies, for example, how objects acquire affective meanings and are inscribed in sensory experiences, sometimes to the detriment of people. This article concludes that while Marx's approach shows a body that feels and suffers in the world of production, Simmel's perspective witnesses the sensory stimulation of bodies as well as their hypersensitivity and resistance in the world of consumption at large cities.

KEYWORDS

Simmel, Marx, Sensorial, Senses, Body

Introducción

El objetivo de este artículo es doble. En primer lugar, planteo el diagnóstico sobre la “sensorialidad moderna” en Karl Marx y Georg Simmel, así como algunas convergencias y divergencias en sus enfoques. En segundo lugar, me interesa rescatar la vigencia de estos autores y su revitalización en el campo reciente de los “estudios sensoriales” (Vannini *et al.* 2012; Howes 2014). Quiero mostrar cómo ambos presentan potencialidad heurística para un análisis crítico del capitalismo contemporáneo.

Respecto a la recuperación de Marx en dicha clave, la idea no es original; parto del planteamiento de David Howes en “The Material Body of the Commodity: Sensing Marx” (Howes 2003: 204-284) para quien el autor de *El capital* dio cuenta de un “régimen sensorial” en la sociedad capitalista basado en la “privación sensorial” (*sensory deprivation*) (2003: 205). No obstante, la perspectiva de Marx tiene un punto ciego, a saber, que las mer-

cancias también están relacionadas con los deseos y experiencias sensoriales (Howes 2003: 208). Es en ese punto donde considero relevante y complementario el aporte de Georg Simmel.

Desde mi perspectiva Simmel permite ver cómo, en la sociedad capitalista, la relación entre cultura y materialidad se vuelve más compleja. Simmel puso atención a las cargas afectivas y sensoriales que se depositan en los objetos, a veces incluso en detrimento de las personas. Para Simmel, el capitalismo implica la intensificación de experiencias sensoriales y al mismo tiempo, saturación de los sentidos. Del mismo modo, da cuenta de cómo en la *proximidad sensible* de las grandes urbes, las personas se “miran mutuamente” pero con arrogancia y falta de empatía, con actitud *blasé* (Simmel 2016).² Para este autor el individualismo propio de la sociedad moderna atraviesa los cuerpos y en ocasiones hasta las narices.

Para mostrar lo anterior he dividido el escrito en tres partes. La primera esboza un breve panorama de la relación entre Marx y Simmel en términos de las diversas pistas de investigación, para delimitar la que aquí propongo. La segunda parte plantea a grandes rasgos, los alcances de Marx para un análisis sensorial del capitalismo y los aportes de Georg Simmel en esta materia. También, entrecruzo algunas marcas biográficas con la intención de enfatizar el ámbito de la experiencia en cada autor. Finalmente, concluyo con un breve apartado comparativo sobre

² Lionel Lewkow ha advertido cómo el término alemán *Blasiertheit*, no sólo alude a la apatía e indiferencia, sino también a la arrogancia. Agradezco a Lewkow esta puntualización.

los alcances y límites de ambos, de cara a los retos analíticos en nuestra sociedad contemporánea.

1. Encuentros posibles entre Georg Simmel y Karl Marx

La relación de Marx con Simmel no fue una relación directa. Como señala Horst Helle, Marx tenía 40 años cuando nace Simmel. El primer volumen de *Das Kapital* se publica en 1867 y los otros dos aparecen después de la muerte de Marx. Cuando en 1894 aparece póstumamente el III volumen, Simmel apenas iniciaba como *Privatdozent* dando clases en la Universidad de Berlín (Helle 2014: 135), de ahí la alta probabilidad de que lo hubiera leído. Natália Cantó-Milà ha señalado que es difícil saber qué tanto conocimiento de primera mano tenía Simmel de la obra de Marx, por ello para algunos especialistas quizá sólo leyó ese tercer tomo (Cantó-Milà 2005: 80).

Es un hecho que Simmel sí tenía referencias de Marx, éste es uno de los pocos autores a los que cita directamente en su muy peculiar estilo. Incluso Esteban Vernik ha señalado cómo en una visita que Max Weber hace a Simmel en su departamento de Berlín, éste último puso al día al primero sobre las tesis de Marx. De ese encuentro “salieron líneas fundamentales para el análisis de la cosificación” (Vernik 1996: 72) que a la postre recuperarían Ernest Bloch y György Lukács, ambos discípulos de Simmel y Weber (Gil Villegas 1998). Y también Walter Benjamin (Frisby 1992).

Sin embargo, como afirma Cantó-Milà: “Marx y Simmel no se conocieron y Simmel no puede ser considerado un ‘pensador marxista’” (2005: 79). No obstante, la obra de Marx fue de gran importancia para muchas de las tesis que Simmel desarrolló. Para la autora la influencia más significativa, aunque no la única, es la que aparece en *Filosofía del dinero* (1900), la cual puede interpretarse como la respuesta de Simmel a Marx (Cantó-Milà 2005). Incluso no es casual que dicha obra fuese considerada “como el equivalente psicológico de *El capital* de Marx” (Frisby 1992: 120).

Una imagen que recoge dicha impronta aparece claramente en “El concepto y la tragedia de la cultura” (1911):

El ‘carácter de fetiche’ que Marx adscribe a los objetos económicos en la época de la producción de mercancías es sólo un caso peculiarmente modificado de este destino general de nuestros contenidos culturales. Estos contenidos están bajo la paradoja – y, con una ‘cultura’ creciente, cada vez más – de que, ciertamente, han sido creados por sujetos están determinados para sujetos, pero en la forma intermedia de la objetividad que adoptan más allá y más acá de estas instancias siguen una lógica evolutiva inmanente y, en esta medida, se alejan tanto de su origen como de su fin (Simmel 1988: 225).

Para Simmel el extrañamiento del mundo moderno, no sólo tenía lugar en el ámbito del trabajo sino en el mundo de la cultura objetiva, en general. A pesar de ese guiño explícito, el diálogo entre Simmel y Marx puede trazarse desde varias perspectivas, Cantó-Milà ha enumerado al menos cuatro. La primera está relacionada con la postura crítica de Simmel frente al “materialismo histórico”. La segunda está asociada a las posturas

convergentes y a la vez divergentes respecto a la concepción de *ser humano* en ambas perspectivas. La tercera tiene que ver con la teoría del valor que cada uno propone. Y la cuarta, se adscribe al análisis de la sociedad y la cultura moderna (Cantó-Milà 2005: 81). Una quinta posibilidad ha sido desarrollada por Lionel Lewkow y está relacionada con el análisis comparativo entre ambos autores³ a propósito de la estratificación y la desigualdad (Lewkow 2018). Las posibilidades comparativas entre Simmel y Marx se avivan constantemente, en 2018 la Asociación Internacional de Sociología (ISA) incorporó una mesa de trabajo en el marco del bicentenario del nacimiento de Marx y el centenario de la muerte de Simmel.⁴

En este trabajo me concentro en la cuarta vertiente señalada por Cantó-Milà, el análisis de la sociedad y cultura moderna, con especial énfasis en el ámbito sensorial. Planteo cómo es que ambos autores dieron pistas para entender cómo se configura un “modelo sensorial” hegemónico en el capitalismo moderno. La categoría “modelo sensorial” remite a la manera en que están organizados los significados, valores y jerarquías de los sentidos corporales en determinada época (Classen 1997). Los “modelos sensoriales” no son estables y se transforman con el tiempo e incluso, existen resistencias a los valores de las jerarquías sensoriales hegemónicas. La configuración del “modelo sensorial” del capitalismo moderno pueden verse tanto en las nuevas formas de trabajo (Marx), como en las formas de consumo (Simmel). Igualmente, considero que ambos autores permi-

³ Además de Pierre Bourdieu.

⁴ Vid. <https://isaconf.confex.com/isaconf/wc2018/webprogram/Session10781.html>.

ten apreciar no sólo nuevas formas de vincularse sino también nuevas formas de sensibilidad.

2. Dos enfoques sobre la sensorialidad moderna: Marx y Simmel

Karl Marx

Para Marx “el ser humano no es afirmado en el mundo objetivo solamente en el pensamiento, sino con *todos* los sentidos” (1968: 120). La sociedad está presente en el individuo, es decir, en su cuerpo y experiencia sensible: “Cada una de sus relaciones humanas con el mundo, la vista, el oído, el olfato, el gusto, la sensibilidad” (1968: 118) suponen un modo de sociedad. En la “Propiedad privada y comunismo” compilada en los *Manuscritos* de 1844, Marx señala cómo: “La formación de los cinco sentidos es la obra de toda la historia universal anterior” (1968: 121).

En consecuencia, no existe una “certeza sensorial natural”, pues los objetos que percibimos son “producto histórico” así como nuestra peculiar manera de percibirlos. Así por ejemplo, “la más bella de las músicas carece de sentido y de objeto para el oído no musical” pues como cualquier otro sentido, el oído no es “oído tosco” a secas, sino “oído humano”, es decir, social. Igual que: “El hombre angustiado y en la penuria no tiene el menor sentido para el más bello de los espectáculos” (1968: 121). Las personas tienen cuerpo y sienten, pero bajo condiciones biográficas e históricas de posibilidad.

Esta impronta sensorial es constante en su obra. Al respecto Bryan Turner, ha señalado que: “La existencia del hombre, para Karl Marx, era ineludiblemente sensorial” (1989: 278). Igualmente según David Harvey, Marx: “basó sus argumentos ontológicos y epistemológicos en una verdadera interacción sensorial del cuerpo con el mundo” (2003: 124). En el mismo sentido, para Stéphane Haber y Emmanuel Renault, la apuesta de Marx consistió en plantearse una teoría de la práctica, pero específicamente “como una actividad sensible” (2007: 11). En ese sentido, podemos decir que para Marx la existencia se ancla en el cuerpo: “La corporeidad es una condición necesaria de la apropiación sensorial de la naturaleza por el hombre; la corporeidad es una precondition de la práctica” (Turner 1989: 279).

Las ideas anteriores tienen toda una historia en el pensamiento de Marx, sería ingenuo pretender reconstruirlas en este espacio. Mi intención es mucho más modesta, me interesa destacar algunas de las ideas que recogen la relevancia que tiene para Marx el cuerpo, en tanto que éste siente. Al respecto, retomo la tesis de Howes para quien Marx dio cuenta de un “régimen sensorial de la sociedad capitalista” (*sensory regime of capitalist society*) en el que prevalece la privación sensorial (*sensory deprivation*). El proletariado “hiere sus sentidos” en las condiciones trágicas de la fábrica (Howes 2003: 206). Más no sólo el proletariado era víctima de esa enajenación, también la burguesía quedaba hechizada por la lógica del dinero y la mercancía (Howes 2003: 206), sus sentidos también eran engañados.

En 1846 cuando Marx y Engels escriben *La ideología alemana* echan por tierra al idealismo para reforzar sus bases mate-

rialistas y sensibles. Es ahí cuando se separan de Ludwig Feuerbach y establecen la necesidad de incorporar la historia al mundo sensible. Pues aquél filósofo hegeliano de quien Marx había aprendido tanto, habría cometido el error de separar materialismo e historia:

[Feuerbach] No ve que el mundo sensible que le rodea no es algo directamente dado desde toda una eternidad y constantemente igual a sí mismo, sino el producto de la industria y del estado social, en el sentido de que es producto histórico, el resultado de la actividad de toda una serie de generaciones (Marx y Engels 1994: 178).

Para el dúo era inminente partir no de las personas y su imaginación o ideas, sino de las personas de “carne y hueso”, con un cuerpo que siente y que al producir su mundo se producen así mismos:

“La primera premisa de toda la historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes. El primer estado de hecho comprobable es, por tanto, la *organización corpórea* de estos individuos y, como consecuencia de ello, su comportamiento hacia el resto de la naturaleza” (Marx y Engels 1994: 149).

Howes plantea que además de las herencias intelectuales y planteamientos teóricos, es muy probable que los padecimientos físicos de Marx y las penurias a lo largo de su vida lo llevaran a tener una relación a la vez cercana y distanciada con la experiencia sensible (Howes 2003). En el mismo sentido Francis Wheen escribe:

Ningún estudioso o crítico del marxismo ha llamado la atención sobre el evidente paralelismo con *Frankenstein*,

de Mary Shelley, el relato de un monstruo que se vuelve contra su creador. [...] En un momento en que sufría una erupción de forúnculos, en diciembre de 1863, Marx dijo de una persona especialmente desagradable que era ‘un segundo Frankenstein sobre mis espaldas’ (Wheen 2015: Posición en Kindle 1329-1334).

Sería arriesgado señalar una causalidad directa, pero es un hecho que *El Capital* recoge diversas metáforas corporales. Si el dinero viene con “manchas de sangre”: “El capital lo hace chorreando sangre y lodo, por todos los poros, desde la cabeza hasta los pies” (Marx 1988: 95). De hecho, cuando Engels recibe *El Capital* le escribe a Marx: “en particular lleva las marcas de tus carbuncos claramente estampadas en él” (Gabriel 2014: 441). En una biografía reciente, Mary Gabriel plantea esta constante en el cuerpo de Marx. Después de la primera entrega de *El Capital*, éste escribió a Engels desde Londres:

Te escribo desnudo y con el cuerpo cubierto de compresas de alcohol. Salí por vez primera antes de ayer, y fui al Museo Británico, por supuesto, porque aún no puedo escribir. Y ayer tuve una nueva erupción bajo el pecho izquierdo [...] Al parecer esta mierda no va a terminar nunca (Gabriel 2014: 456).

Los tratamientos para esas dolorosas enfermedades suponían “dosis de opio y tratamiento con éter” (Gabriel 2014: 430). En ese contexto no podemos dejar de pensar en la recordada frase, la religión es “El opio del pueblo” (Marx 1980: 8) vertida en la “Introducción para la crítica de la Filosofía del derecho de Hegel” (1884). Como señala Marx, la religión es un consuelo ante el “valle de lágrimas” que supone un “mundo sin corazón” (Marx 1980: 8) . Por eso, para Isaiah Berlin, Marx ve que “la religión es

generada inconscientemente por la infelicidad, es el **calmante** que suaviza el sufrimiento causado por las contradicciones del mundo material” (Berlin 2018: 172, las negritas son mías). La religión o cualquier sucedáneo, era usada como cualquier droga que calma el dolor del mundo material.

El mundo material que Marx tenía en mente era principalmente el mundo de las fábricas, donde el trabajo asalariado no sólo creaba mercancías sino valor, succionando la vida del obrero: “Los medios de producción aparecen ya únicamente como *succionadores* del mayor cuanto posible del trabajo vivo” (Marx 1990: 17). Las jornadas de trabajo tenían consecuencias en la “salud corporal” de los obreros: “Roba el tiempo que se requiere para consumo de aire fresco y luz del sol. Escamotea tiempo de las comidas [...] Reduce el sueño saludable [...] El capital no pregunta por la *duración de la vida de la fuerza del trabajo* [...] Prolonga, durante un lapso dado, *el tiempo de producción del obrero*, reduciéndole la *duración de su vida*” (Marx 1979: 320).

El trabajo enajenado no sólo convierte al objeto creado en algo extraño para el propio creador, sino que: “Enajena al hombre de su propio cuerpo” (Marx 1968: 82). Lo que es un tormento para él, será un goce de vida para otro (1968: 84). De esta manera, el trabajo enajenado “produce maravillas para los ricos, pero produce privaciones y penurias para los obreros. Produce palacios pero aloja a los obreros en tugurios. Produce belleza, pero tulle y deforma a los obreros” (Marx 1968: 77). Los convierte en un Frankenstein de sí mismos.

David Harvey recupera la historia de una obrera que sintetiza las imágenes que venían a la mente de Marx:

En *El capital*, Marx cuenta la historia de la sombrerera Mary Anne Walkley, de veinte años, que a menudo trabaja 30 horas sin descanso (aunque reanimada por ocasionales aportaciones de jerez, oporto y café) hasta que, después de un periodo especialmente duro que se necesitó para preparar ‘magníficos vestidos para las nobles damas invitadas al baile de honor de la recién importada princesa de Gales’, murió, según el testimonio del médico, ‘por exceso de horas de trabajo en un taller abarrotado y en dormitorio estrechísimo y mal ventilado’ (Harvey 2003: 61).

Los vestidos hechos por Mary no sólo no serían usados por ella sino que el hecho de hacerlos succionó su vida hasta la extenuación. Es también probable que el consumo de sustancias para paliar el dolor contribuyeran negativamente a su salud. El historiador Alain Corbin también da cuenta de dos elementos vinculados al proceso de industrialización del que Marx era testigo y obreras como Mary, víctimas, a saber, nuevas formas de deterioro del cuerpo y la violencia hacia éste en las fábricas y minas. Las condiciones de trabajo suponían insalubridad, respiración de gases, oscuridad, polvo y humedad, que causaban desde incómodas “molestias olfativas” (Corbin 2005: 239), hasta graves enfermedades, mutilaciones, aplastamientos y la muerte. Las enfermedades variaban de acuerdo al oficio, los mineros se quejaban de reumatismo crónico o los vidrieros de bronquitis. Corbin apunta que el uso del carbón, vapor y motor de explosión causaban accidentes o muertes terribles (Corbin 2005: 246).

En ese contexto, la sociedad moderna capitalista tendrá su propio “modelo sensorial” (Classen 1997), esto es, un conjunto de valoraciones y significados que se atribuyen a cada uno de los sentidos, dándole a unos más o menos importancia. En esta lógica “cada orden de los sentidos es al mismo tiempo un orden social” (Howes 2014: 18). En el caso de las clases sociales y particularmente de los obreros: “El obrero parece tan inaccesible al refinamiento de los mensajes sensoriales como a las molestias que puedan causar. El trabajo manual ha desarrollado el tacto en él en detrimento de los sentidos intelectuales, que son la vista y el oído” (Corbin 2005: 237).

Al respecto Howes señala cómo la jeraquía de clases también atraviesa las jerarquías sensoriales del capitalismo industrial estudiado por Marx:

En cuanto a la clase social, la usual asociación de las clases más bajas con el trabajo manual es reveladora. Los trabajadores, de hecho, son referenciados simplemente como ‘mano de obra’, un término que redujo su ser social a un solo sentido [...] Mientras tanto, los niveles más altos de la sociedad británica se distinguían por su visibilidad, así como por el supuesto ‘gusto’ refinado y exigente que tenían para la música, la pintura, la literatura, etcétera (Howes 2014: 18).

En ese mundo la posesión de dinero se convirtió en el “supremo bien” puesto que servía para alcanzar tales “gustos” refinados y mejores condiciones de vida. Pero en última instancia para Marx, el dinero es una relación social basada en una asimetría: “el poder que cada individuo ejerce sobre la actividad de los otros o sobre las riquezas sociales, lo posee en cuanto es pro-

pietario de valores de cambio, de dinero” (Marx 1984: 84). En el capitalismo moderno: “Cada individuo posee el poder social bajo la forma de una cosa” (1984: 85). Por eso: “Su poder social, así como su nexa con la sociedad, lo lleva consigo en el bolsillo” (1984: 84).

Para Marx este poder social se debe a que el dinero produce la “existencia sensible” de los deseos; el dinero es el “deidad visible” en el capitalismo moderno, aunque lo que lo sustenta son relaciones asimétricas. Ante nuestros ojos, el dinero se convierte en la potencia por excelencia: “No importa que sea feo con dinero puedo comprarme la mujer más hermosa”. Con la posesión de dinero se podía ir más allá de la fealdad o impotencia corporal. En esa medida: “Si el dinero es el vínculo que me une a la sociedad, a la naturaleza y a los hombres ¿no es el dinero el vínculo de todos los *vínculos*?” (1968: 157) se preguntaba Marx.

Los males del capitalismo no sólo aparecían en las fábricas sino en el resto de las relaciones sociales. Como menciona en “El carácter fetichista de la mercancía y su secreto”, las relaciones sociales entre las *personas* aparecen como si fueran una relación entre *cosas* (Marx 1979: 89), lo cual no dificulta que a las propias personas se les trate como cosas. Marx da un ejemplo relacionado con uno de los dispositivos emocionales cuestionados de la modernidad: el amor romántico y sus alcances en detrimento de las mujeres y su cosificación, como veremos a continuación.

Exiliado en París, en 1846 Marx publica un ensayo sobre el suicidio titulado “Peuchet: sobre el suicidio”. Ahí recoge los datos estadísticos de Jacques Peuchet, un personaje político francés y concretamente un “jefe del archivo de policía” que llevó un

registro riguroso de los suicidios en París. Marx los reescribe con la intención de “traducir al público de lengua alemana los resultados sociales del capitalismo triunfante en París” (González 2012: 33). Como bien señala Nicolás González Varela, el breve ensayo tiene un excedente significativo en tanto: “Es la primera y la última vez que tratará el tema de la opresión de género y la tiranía del *pater y mater* en la familia burguesa” (2012: 35).

Marx retoma, entre muchas otras, la historia de una joven esposa que se había lanzado al río Sena a consecuencia de los celos del marido (el señor M). Llama la atención del informe, la manera en la que encontraron el cuerpo de la muchacha: “En razón de aquel instinto de pudor que domina a las mujeres con la más ciega de las desesperaciones, la triste víctima había cuidadosamente amarrado el borde de su vestido a sus pies. Esta precaución tan pudorosa hacia evidente el suicidio” (Marx 2012: 73). La joven no quería ser *vista*, más allá del vestido que cubría su cuerpo. Aún muerta la muchacha amarraba a su cuerpo la vestimenta, para no arrojar duda de su decencia.

La historia trataba de una joven pareja que había sido infortunada por una enfermedad que atacó el cuerpo del marido, haciéndolo deforme y encorvado. El hombre se volvía cada vez más celoso de la joven esposa y sus compañías masculinas, incluida la de su propio hermano: “La infortunada mujer fue condenada a la esclavitud más intolerable y la esclavitud que practicaba el señor M...sólo tenía como sustento [...] el derecho de propiedad, protegido por una situación social que transforma el amor en independiente de los libres sentimientos de los amantes y autoriza al marido celoso a andar por ahí con su mujer,

como el avaro con su bolsa, como si formara parte de su inventario (Marx 2012: 76).

La mujer fue víctima del “amor romántico” que enarbola la posesión del amado o la amada como si se tratase de un objeto. Pese a que el marido tenía dinero no pudo comprar su aprecio y ante el miedo de perderla la trató como cosa. Los celos para Marx son manifestación de un sentido de propiedad: “El hombre celoso es sobre todas las cosas un propietario privado” (Marx 2012: 81). Es por eso que para Marx sólo la superación de la propiedad privada puede verse como una apropiación completa del mundo a través de “la vista, el oído, el olfato, el gusto, la sensibilidad, el pensamiento, la intuición, la percepción [...] el amor” (Marx 1968: 118).

Pese a estas sustantivas contribuciones al análisis sensorial del capitalismo moderno, para Howes, Marx descuidó el desarrollo de las grandes exposiciones mundiales y los “palacios de consumo” que tendrán un gran alcance para el capitalismo contemporáneo (Howes 2003: 208). No está de más contrastar dicha afirmación si recuperamos una viñeta biográfica. En 1851 se celebró en Londres la primera Gran Exposición Internacional: “los cien mil objetos expuestos mostraban las maravillas de la época, desde el péndulo de Foucault al retrete con cisterna, desde la máquina de hilar algodón a un daguerrotipo de la luna” (Gabriel 2014: 280), en otras palabras, la “Exposición era un gran escaparate”. Para Marx y Engels, no era más que una “megalo-manía burguesa...cosmopolita” (Gabriel 2014: 282). Acontecimiento que “aguijoneó” a Marx para volver al trabajo.

Georg Simmel

La marginalidad académica que Simmel padeció en vida se relacionaba – además de su origen judío, cuestión que compartía con Marx y su postura intelectual heterodoxa –, con que su público también era “marginal” o estaba “bajo sospecha” (Poggi 2014: 45), a saber, estudiantes judíos, mujeres jóvenes, inmigrantes de Europa oriental y socialistas. Por ejemplo, entre 1885 y 1900 Simmel escribirá diversos artículos y publicará en revistas socialistas con seudónimo (Leck 2002: 24; Vernik 2009: 15):

De su actividad de publicista político por aquel entonces, sabemos de sus colaboraciones para publicaciones de grupos socialistas con los que mantenían relaciones. Así encontramos contribuciones para, por ejemplo, la revista del Sindicato de Cerveceros, y también para periódicos socialdemócratas de mayor alcance, como *Vorwärts* o *Die neue Zeit*, el mayor órgano de debate de pensamiento marxista de esos días [...] recordemos que fue Simmel el primero en discutir la obra de Marx en el ambiente de la universidad alemana (Vernik 2009: 15).

En un ambiente académico conservador, lo anterior cobró factura en la trayectoria de Simmel. A pesar de dicha falta de reconocimiento académico, congregaba cursos multitudinarios y era apreciado por diversos intelectuales. Había algo – además del atractivo intelectual – en el carisma de Simmel, que se traducía en una forma muy peculiar de *encarnar* sus discursos tanto en sus clases como en sus conferencias (Stewart 1999). Janet Stewart señala cómo los testimonios de algunos de sus alumnos insistían en que “filosofaba con el cuerpo”, presentaba sus conceptos *hechos carne* y cuando exponía parecía como si se apre-

ciara el desarrollo de una idea en pleno movimiento (Stewart 1999: 10).

Para Simmel, si algo define a la época moderna es justamente el *movimiento* y al igual que para Marx la “disolución de lo sólido”. En ese sentido, para el sociólogo alemán era necesidad de primer orden pensar lo social de manera procesual y relacional. La sociología como una disciplina novel tendría que considerar esa orientación espiritual de la vida moderna y la única forma de hacerlo era partir de un principio que captara dicho *movimiento*. Simmel se decanta por el principio de “intercambio de efectos” (*Wechselwirkung*) (Lewkow 2017: 210) para llevar a cabo dicha tarea:

En resumen, la disolución del espíritu social en la suma de los intercambios de efectos entre sus partes sigue la orientación de la vida espiritual moderna: **disolver lo sólido**, lo homogéneo en sí mismo y lo sustancial, en funciones, fuerzas y movimientos, y reconocer en todo ser el **proceso histórico de su devenir**. Nadie negará ahora que hay un **intercambio de efectos** de las partes por debajo de aquello que hemos llamado sociedad (Simmel 2017: 45, las negritas son mías).

Así pues, para Simmel, la sociedad es la suma de relaciones en la medida en que éstas registran “intercambios de efectos” y diversas formas de *ser con otros*: “la tarea de la sociología es describir las formas de estar con otros” (Simmel 2002: 29). Igualmente, en *Filosofía del dinero* (1900) insiste en que: “Debemos tener presente que la mayoría de las relaciones humanas se pueden considerar como un intercambio; el intercambio es la acción

recíproca más pura y más elevada de las que componen la vida humana” (Simmel 1977: 48).

A diferencia de Marx y Engels, para quien el ser humano es un *ser que produce* (Cantó-Milà 2003; 2005) para Simmel, es un *ser que intercambia* (Simmel 1977: 347). Pero al igual que para Marx, el significado sociológico del dinero radica en que entrelaza personas: “Dicho brevemente, el dinero es expresión y medio de la relación, de la interdependencia de los hombres” (Simmel 1977: 158). Para Simmel, el dinero es el símbolo por excelencia de la modernidad, porque detrás de los símbolos y su materialización, están las relaciones sociales (Simmel 1977: 117). Y al igual que para Marx, para Simmel el dinero en la economía monetaria capitalista representaba un tipo específico de relaciones y de atribución de sentido a los otros y a las cosas.

En la sociedad capitalista, el hecho de que el dinero se convierta en el “fin de todos los fines” hace que éste sea equiparable con la idea de dios, por eso para Simmel igual que para Marx, el dinero es el “dios de nuestro tiempo” (Simmel 2010: 93). Algunos “tipos sociales” están asociados al hecho de que lo importante es el dinero y no la obtención de objetos o servicios, así como tampoco su disfrute. El *avaro* que sólo quiere tener dinero; el *derrochador* que experimenta “placer en el mero gasto del dinero” (Simmel 2010: 82); y el *acumulador*, que desea tener cosas, sin que le importen la utilidad de las mismas.

Como para Marx en el caso del “marido celoso” y el “avaro con su bolsa”, para Simmel estas actitudes pueden darse en otros ámbitos:

En ese sentido, conocimos a una persona, no muy joven, padre de familia, bien situado socialmente, que ocupaba el conjunto de su tiempo aprendiendo todas las cosas posibles: un idioma sin emplearse con él, baile sin ponerlo en práctica, habilidades varias sin, luego, disfrutarlas o, incluso, sin querer hacerlo. Esto corresponde al tipo del avaricioso: la posesión completa de la potencialidad que nunca piensa en su actualización (Simmel 2010: 39).

Pero si bien es cierto que al dinero se le atribuye un “carácter seductor” (Simmel, 2010: 88) por su potencialidad, del lado contrario, la ansiedad por la posesión del dinero también genera su reverso. Una vez adquirido, el “tedio y la decepción paralizante” o la “insatisfacción” puede asaltar a las personas. Al poseer cierta cantidad de dinero puede generarse la “ilusión” de haber alcanzado algún fin último. No obstante: “la mayoría de las personas pronto siente un vacío y ausencia de sentido cuando supuestamente ha accedido a sus objetivos supuestamente últimos” (Simmel 2010: 83). Lo anterior explica el sentimiento constante de insatisfacción y la necesidad de querer o acumular más, en un mundo de consumo. Parecería que dicha actividad se trata de otra *sustancia* que calma el dolor o la insatisfacción.

Por otro lado, Simmel desarrolla el impacto que tienen estas transformaciones propias de la economía monetaria en el ámbito sensorial y el *locus* que elige para dar cuenta de este fenómeno son las grandes ciudades cosmopolitas. Si *Filosofía del dinero* (1900) ha sido considerada la versión psicológica de *El Capital*, “Las grandes ciudades y la vida del espíritu” (2016 [1903]), es el equivalente de un “Manifiesto urbano” (Jazbinsek

2003: 104). Si algo caracteriza a la metrópolis es: “la intensificación de la vida nerviosa, que resulta de la sucesión rápida e ininterrumpida de las impresiones externas e internas” (Simmel 2016: 60). Dichas impresiones representaban una fuerte estimulación de los sentidos. Podemos imaginar el paisaje citadino que rodeaba a Simmel al caminar por la calle en la que había nacido: “Con sólo andar unos pocos metros por la *Friedrichstrasse* se generaba una explosión sensorial” (Fritzsche 2008: 117).

A principios del siglo XX, si algo definía el entorno de Simmel era justo la aparición de una ciudad moderna caracterizada por “una saturación de estímulos sensoriales” (Crary 2008: 23). Las principales capitales europeas experimentaban una “revolución de los medios de percepción” sensorial (Crary 2008: 22). Para Jonathan Crary la modernidad capitalista generó “una constante recreación de las condiciones de experiencia sensorial”:

Se podría decir que uno de los aspectos cruciales de la modernidad es una crisis continua de la capacidad de atención, en la que las configuraciones cambiantes del capitalismo continuamente fuerzan la atención y la distracción al límite, con una secuencia incansable de nuevos productos, fuentes de estímulo y flujos de información, para después responder con nuevos métodos de dirigir y regular la percepción (Crary 2008: 23).

A través de modificaciones espaciales, la incorporación de la tecnología en la vida cotidiana y los procesos productivos, así como los espectáculos y artefactos culturales, el problema de la modernidad capitalista se enfrascaba en cómo estimular sensorialmente a las personas y al mismo tipo disciplinar y obligar a

prestar atención a ciertos estímulos sensoriales y no otros (Crary 2008). Desde mi perspectiva, Simmel detecta cómo en términos sensoriales empezaron a aparecer configuraciones espaciales y artefactos que inclinaban a prestar atención a las *cosas* más que a las *personas*.

A diferencia de Marx para quien la Gran Exposición en Londres pasó relativamente desapercibida, Simmel asiste a la Exposición de Berlín. En “The Berlin Trade Exhibition” (1991 [1896]) narra la experiencia del urbanita que ante la exposición de mercancías “paraliza sus sentidos” (Simmel 1991: 119). Quien miraba los escaparates quedaba “hipnotizado” por los productos exhibidos. Y es que el mercado no sólo significaba intercambio entre valores de cambio, sino “El comercio era a la vez uno de los pilares de la economía y una experiencia sensorial” (Fritzsche 2008: 115-116).

De modo que para Simmel, si bien el dinero posibilita el frío cálculo en la vida cotidiana, también posibilita la adquisición constante de objetos cuyo valor es el adorno. Lo que para Marx era frívolo, para Simmel también, pero éste quería explicar por qué sucedía:

El hecho de que el dinero fraccionado se lleva en el bolsillo con el que, a partir de tentaciones momentáneas, se puede comprar a menudo toda clase de detalles, debe alentar a las industrias que viven de ese mercado. Esto y, en especial, la divisibilidad del dinero en sumas muy pequeñas, contribuye a ciertamente al estilo frívolo de lo externo y, especialmente, estético de la vida moderna, al número creciente de detalles que adornan nuestras vidas (Simmel 2010: 13).

Por otro lado, el movimiento y circulación del dinero estaba acompañado por el movimiento de los objetos en las nuevas configuraciones espaciales, como las estructuras desmontables de las exposiciones mundiales o los muebles de las casas que se habían hecho tan móviles como el mismo capital:

“Los armarios, los paradores y los bancos estaban generalmente tallados en la propia estructura de madera, las mesas y las sillas eran tan pesadas que, a menudo, resultaban inamovibles y los objetos pequeños, propios de la casa, que se pueden llevar de un sitio a otro, no existían. De aquella época, los muebles se han hecho más móviles, como el capital” (Simmel 1977: 644).

Simmel deja ver cómo estas nuevas condiciones materiales posibilitaron el movimiento de los cuerpos y nuevas formas de percepción sensorial (Sabido Ramos 2017a: 383). Los nuevos medios de transporte como los ferrocarriles y los tranvías fomentaron que en las grandes ciudades las personas se encontraran en “situación de estar mirándose mutuamente, minutos y horas, sin hablar” (Simmel 2014: 626). Estas nuevas condiciones materiales y tecnológicas hicieron posible lo que en los “estudios sensoriales” se ha sido denominado como el ocularcentrismo moderno, para el cual la vista es el sentido más importante y valorado. El aporte de Simmel es considerable en dicho punto (Weinstein & Weinstein 1984).

En “Digresión sobre la sociología de los sentidos” (2014 [1908]) queda claro cómo la jerarquía sensorial que ponía a la vista en la cúspide de los valores sensoriales, tenía condiciones históricas y materiales de posibilidad: “las comunicaciones modernas hacen que la mayor parte de las relaciones sensibles

entabladas entre los hombres queden confinadas, cada vez en mayor escala, exclusivamente al sentido de la vista” (Simmel 2014: 626). Aunque también este predominio de la vista se asocia a los cambios en los modos de trabajo: “Al respecto, Simmel señala que en los gremios medievales las relaciones interpersonales estaban mucho más orientadas al trato directo e íntimo que en las grandes fábricas modernas” (Lewkow 2018: 268). De modo que era más común utilizar la vista en las fábricas, que el oído.

Aunque no sólo los centros de trabajo y los medios de transporte contribuyeron a este ocularcentrismo, en general los medios de comunicación potenciaron esta característica de modelo sensorial moderno. Así por ejemplo, los periódicos contribuyeron al “aspecto visual” de la ciudad (Fritzsche 2008: 23). En los autobuses, tranvías y metros, las personas no sólo se miraban entre sí, sino que podían dejar de hacerlo: “En un solo vagón, treinta y tres de los treinta y cuatro pasajeros iban absortos en titulares escandalosos, columnas editoriales o resultados deportivos” (Fritzsche 2008: 32). Los diarios hacían lo que los actuales dispositivos tecnológicos, garantizaban: “los flujos de información, que se mueven a toda velocidad. La cantidad excesiva, la aparición simultánea y la rápida alternancia anulan toda estabilidad posible” (Fritzsche 2008: 40).

Simmel señaló cómo estas nuevas formas en el consumo de información tenía efectos en la percepción de la temporalidad y el surgimiento de ritmos acelerados. Para Simmel, tanto los servicios de correos, el teléfono y la telegrafía, así como la luz eléctrica – que neutralizan los cambios entre día y noche – y particularmente la “literatura impresa”, ya no vinculaban a “la

comunicación con ninguna determinación temporal” (Simmel 1977: 616). En el caso de la prensa, dice Simmel: “nos proporciona en cada momento que así lo deseamos, pensamientos y estímulos, con independencia de los procesos orgánicos de pensamiento” (Simmel 1977: 616).

Ante el “acrecentamiento de la vida nerviosa” y la percepción de los tiempos acelerados, Simmel plantea el desarrollo de un tipo específico de percepción sensorial, la *actitud blasé*. Esta actitud puede definirse como un tipo de percepción “indiferente”, es decir, no es que las personas no sean percibidas, sino que lo son pero de manera opaca y grisácea. “Se trata de un tipo de percepción paradójicamente insensible” (Sabido Ramos 2017a: 389). Ante la cercanía física del cuerpo de los otros era necesario establecer una distancia social y afectiva o en palabras de Simmel: “antipatía”. Ya que dicho estado afectivo “procura las distancias frente a los demás y la necesidad de evitarlos” (Simmel 2016: 68).⁵

De modo que si bien los urbanitas intercambiaban miradas, este intercambio era superficial, distante, indiferente. Fritzsche narra cómo en 1919 – un año después de la muerte de Simmel – un importante periódico berlinés organizó una actividad “cuyo propósito era hacer resurgir el sentido de responsabilidad ciudadana que supuestamente se había perdido durante la guerra” (Fritzsche 2008: 92). La policía de Berlín estaba preocupada porque los ciudadanos ya no denunciaban delitos ni ayudaban a las autoridades a reconocer el rostro de los sospechosos.

⁵ Para Simmel la construcción de los extraños atraviesa el cuerpo y sus sentidos (Sabido Ramos 2017b).

Lanzaron una convocatoria titulada “¡A la vista!” (*Augen auf!*) que consistía en reconocer a un periodista cuyo rostro apareció publicado en varios anuncios de periódico.

Como era de esperarse desde un diagnóstico simmeliano, nadie reconoció al periodista. No obstante, éste “mencionó haber sentido las miradas inquisidoras de los transeúntes [...] dijo que se sintió mirado por cientos de berlineses, aunque nadie lo reconoció durante tres horas. Su conclusión fue que la gran mayoría de los habitantes carecía de una buena capacidad de observación” (Fritzsche 2008: 93). Simmel habría replicado, más bien no se trataba que fueran malos observadores, sino que su tipo de observación era *blasé*, indiferente, altiva y arrogante.

Pero si bien en esta jerarquía sensorial moderna la vista está en la cúspide, el olfato está en el escaño más bajo. Sin ser explícito, Simmel establece cómo la sensibilidad de las personas frente a la cercanía de los cuerpos y su contacto tiene una carga histórica. En el caso del olfato son procesos históricos los que nos han hecho sensibles al olfato. Específicamente, el proceso de individualización que atraviesa el cuerpo. En ese sentido, el olfato tiene un efecto disociador ya que marca distancias, por ejemplo entre clases sociales. Los más filantrópicos o revolucionarios retroceden ante el mal olor del “sudor del trabajo”, porque la impresión sensible mediante el olfato es más intensa que ante la vista:

Prescindiendo de casos extremos, la contemplación de la miseria proletaria y sus descripciones más realistas no nos producirán de seguro un efecto tan hondo e inmediato como la atmósfera que nos asalta cuando entramos en un sótano o en una buhardilla (Simmel 2014: 631).

Simmel era testigo del proceso de industrialización acelerado y las tensiones de una planificación urbana. Berlín había sido recién nombrada la capital alemana y era escenario de la sociedad de consumo, sus grandes almacenes y escaparates, pero también sus contradicciones. Así por ejemplo, en 1908 un político socialdemócrata declaró: “El olor de los pañales es típico de toda la vivienda proletaria” (Jazbinsek 2003: 106).

Otra consecuencia extrema de esta sensorialidad moderna es lo que Simmel identifica como “hiperestesia” (Simmel 1977: 599). Esta consiste en un miedo constante al contacto de objetos y personas. La hiperestesia ha sido considerada un trastorno en la percepción sensorial, las personas perciben los estímulos de forma intensa y dolorosa. De ahí la necesidad de establecer distancias frente a aquello que no resulte agradable, sea una persona, un objeto o determinada información.

3. Reflexiones finales: Claves para el análisis sensible del capitalismo contemporáneo. ‘Con y más allá’ de la diada Simmel/Marx

En líneas anteriores he querido mostrar cómo las obras de Marx y Simmel son recursos heurísticos para el análisis del “régimen sensorial” (Howes 2003) en el capitalismo moderno. Algunos guiños biográficos han permitido ver cómo sus ángulos de lectura se inclinan en grados distintos. Lo mismo que sus inflexiones analíticas. Mientras que uno está atento a un cuerpo que siente en el mundo del trabajo (Marx), el otro atestigua la estimulación sensorial de los cuerpos que intercambian (Sim-

mel). Si bien Marx permite ver una configuración sensorial en la fábrica donde el tacto, el olfato, la temperatura y la piel son sacudidos por los nuevos medios de producción, Simmel ve cómo el cuerpo del urbanita es bombardeado por los estímulos sensoriales, donde la vista es una de las primeras víctimas.

Para ambos el dinero es una deidad moderna resultado de vínculos, y al mismo tiempo, el dinero da una tonalidad específica a las relaciones sociales. Para Marx es lo que permite inclinar la balanza a favor de unos y en detrimento de otros. Con el dinero, el individuo moderno lleva el poder en su bolsillo. Para Simmel el deseo de su posesión genera un vacío al infinito y una necesidad de querer o acumular más. Con el dinero en el bolsillo, el individuo moderno consume de manera frívola, a veces insaciable y otras por el sólo gusto de adornarse.

Para ambos, el dinero desvaloriza a las personas, para Simmel, incluso a las cosas mismas. La indiferencia hacia las personas puede aparecer también como una indiferencia hacia los objetos.⁶ Pero por otro lado, Simmel permite ver cómo en la sociedad capitalista la relación entre cultura y materialidad se vuelve más compleja. Las cargas afectivas y sensoriales que se depositan en los objetos, también abren posibilidades de resignificación contrarias a la lógica mercantil. Mientras que para Marx, las propias personas pueden llegar a ser tratadas como objetos.

Ni Simmel ni Marx cuestionan la jerarquía sensorial moderna y tampoco consideraron las variaciones culturales más allá de Occidente. A pesar de sus intentos, en algunos pasajes no

⁶ Muchos objetos se adquieren no por su cualidad sino porque “son baratos” (Simmel 2010: 90)

dejan de ser eurocéntricos. Sin embargo, a más de un siglo de distancia sus aproximaciones contribuyen a formular preguntas aún cuando en sus obras no encontremos todas las respuestas. Y es que como nunca antes el capitalismo penetra en los cuerpos y el medio ambiente de la manera en la que Marx advertía (Harvey 2003). Por otro lado, la medicalización del cuerpo ya sea para la productividad o eludir el dolor (anestesia sensorial) apunta también en esa dirección:

Los psicotrópicos (hipnóticos, tranquilizantes, barbitúricos, antidepresivos y estimulantes) se han vuelto técnicas banales de modelización del comportamiento y del estado de ánimo, productos de consumo corriente muy a menudo fuera de todo contexto patológico (Le Breton 2007: 59).

De la misma manera, la intuición que Simmel tenía respecto al vínculo entre consumo y experiencia sensorial ha sido llevada al extremo. Howes y Classen han llamado la atención de cómo hoy día existe todo un “marketing sensorial” que promete hacer del consumo una experiencia multisensual (Howes y Classen 2014: 125-151). Así por ejemplo las mercancías y sus marcas, no sólo aparecen a disposición del sentido de la vista, sino también del tacto (Howes 2003: 211), no menos que del olor o el oído (música ambiental). Anthony Synnott señala cómo la comercialización de los olores, desde los perfumes hasta los detergentes, pastillas para el aliento o los “olores del amor” (feromonas), abren todo un campo de investigación para apreciar las distinciones olfatorias no sólo entre clases sociales sino también entre los géneros (Synnott 1991).

En ese último terreno, la profundización respecto a las asimetrías entre los géneros, sigue siendo un reto tanto para el legado de Marx como el de Simmel. Por ejemplo, tan sólo en el caso del ocularcentrismo moderno, se ha cuestionado cómo el consumo de *imágenes visuales*, se carga hacia la percepción visual de los cuerpos femeninos. En una crítica a la sociología de los sentidos de Simmel, John Urry plantea cómo, si bien es cierto que Simmel permite pensar en cómo el sentido visual posibilita la apropiación de paisajes y personas – que hoy puede radicalizarse con la captura de imágenes en dispositivos tecnológicos –, habría que enriquecer su legado considerando que dicha apropiación visual se ha diferenciado por géneros en detrimento de las mujeres, como el caso de la pornografía (Urry 2008) y la publicidad.

Por otro parte, nuestra época – más que la de Marx y Simmel –, nos permite contacto con lo lejano, pero al mismo tiempo, como decía el berlinés: “nos hace cada vez más sensibles a las sorpresas y a los desconciertos que proceden de la cercanía y contacto inmediato con las personas y las cosas” (Simmel 1977: 598). La “hiperestesia” como miedo extremo al contacto, hace que hoy día nos valgamos de dispositivos y artefactos tecnológicos para evitar el riesgo. Ello se ha visto reflejado en una especie de “crisis táctil” o privación sensorial del cuerpo en el espacio (Sennett 1997: 274) que redundando en un constante miedo al contacto con el cuerpo de los otros.

Para Richard Sennett las demandas actuales de rapidez y velocidad en las grandes urbes, implican que el espacio deja de ser un *fin* en sí mismo para convertirse sólo en un *medio* de des-

plazamiento: “El cuerpo se mueve pasivamente, desensibilizado en el espacio, hacia destinos situados en una geografía urbana fragmentada y discontinua” (Sennett 1997: 21). A pesar de que esto varía según la situación y el contexto geográfico-cultural, es cierto que cuando nos movemos lentamente es posible apreciar el paisaje urbano incluso sonoro, mientras que la velocidad exige abstracción: “El movimiento lento es ideográfico y el viaje rápido es nomotético (Vannini *et al.* 2012: 64).

Por último, si bien Marx y Simmel confluyen en un diagnóstico donde los cuerpos están expuestos a la insatisfacción, hipersensibilidad, dolor, antipatía, soledad, indiferencia, indolencia y sufrimiento, propios del capitalismo moderno, también permiten pensar que lo anterior puede *ser de otro modo*. Si consideramos tanto el abordaje de Marx como el de Simmel, podemos tener en mente la arbitrariedad de determinados modelos sensoriales en tanto son históricos, así como la posibilidad de cuestionamiento y resistencia a modelos sensoriales hegemónicos, que nos habiliten en otras formas de sentir.

Recibido el 07/08/2018 y aprobado el 12/08/2018
Fecha de la primera publicación online: 26/02/2019

Referencias

BERLIN, I. *Karl Marx*. Trad. R. Bixio. Madrid: Alianza Editorial, 2018 [1939].

CANTÓ-MILÀ, N. “Las relaciones intelectuales entre Karl Marx y Georg Simmel: Un diálogo sobre la naturaleza humana y la teoría del valor”. *Acta Sociológica* 37, p. 123-147, 2003.

_____. *A Sociological Theory of Value: Georg Simmel's Sociological Relationism*. Bielefeld: Transcript, 2005.

CORBIN, A. “Dolores, sufrimientos y miserias del cuerpo”. In: *Historia del cuerpo: De la Revolución Francesa a la Gran Guerra*, v. 2. Trad. N. Petit, M. Rubio. Madrid: Taurus, 2005, p. 237-246.

CRARY, J. *Suspensiones de la percepción: Atención, espectáculo y cultura moderna*. Trad. Y. Hernández. Madrid: Akal, 2008 [1999].

CLASSEN, C. “Foundations for an anthropology of the senses”. *International Social Science Journal* 49 (153), p. 401-412, 1997.

FRISBY, D. *Fragmentos de la modernidad: Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*. Trad. C. Manzano. Madrid: Visor, 1992 [1985].

FRITZSCHE, P. *Berlín, 1900: Prensa, lectores y vida moderna*. Trad. S-Jawerbaum. México: Siglo XXI Editores, 2008 [1990].

GABRIEL, M. *Amor y capital: Karl y Jenny Marx y el nacimiento de una revolución*. Trad. J. Sarret. Madrid: El Viejo Topo, 2014, [2011].

GIL VILLEGAS, F. *Los profetas y el Mesías: Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el Zeitgeist de la modernidad (1900-1929)*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

- HABER, S., RENAULT, E. “¿Un análisis marxista de los cuerpos?”. In: *Cuerpos dominados, cuerpos en ruptura*. Trad. R. Figuero. Buenos Aires: Nueva Visión, 2007 [2007], p. 9-26.
- HARVEY, D. *Espacios de esperanza*. Trad. C. Piña. Madrid: Akal, 2003 [2000].
- HELLE, H. “The Main Thrust of the Messages contra Marx and Weber”. In: *Messages from Georg Simmel*. Chicago: Haymarket Books, 2014, p. 135-142.
- HOWES, D. “The Material Body of the Commodity: Sensing Marx”. In: *Sensual Relations: Engaging the Senses in Culture and Social Theory*. Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 2003, p. 204-284 (edición Kindle).
- _____. “El creciente campo de los estudios sensoriales”. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad* 15, p. 10-26, 2014.
- HOWES, D., CLASSEN, C. “Sense Appeal: The Marketing of Sensation”. In: *Ways of Sensing: Understanding the Senses in Society*. Nueva York, Londres: Routledge, 2014, p. 125-151.
- JAZBINSEK, D. “The Metropolis and the Mental Life of Georg Simmel: On the History of an Antipathy.” *Journal of Urban History* 30 (1), p. 102-125, 2003.
- LE BRETON, D. “La producción farmacológica de sí mismo”. In: *Adiós al cuerpo*. Trad. O. Flores. México: La Cifra, 2007 [1999], p. 57-68.
- LECK, R. *Georg Simmel and Avant-Garde Sociology: The Birth of Modernity 1880-1920*. New York: Humanity Books, 2000.

LEWKOW, L. “Aproximaciones a la teoría sociológica de Georg Simmel en *Über soziale Differenzierung*”. *Miríada* 9 (13), p. 203-219, 2017.

_____. “Diferenciación y desigualdad: El problema de la estratificación social en la obra de Georg Simmel”. *Estudios Sociológicos* XXXVI (107), p. 257-282, 2018.

MARX, K. *Sobre el suicidio*. Trad. N. González. Madrid: El Viejo Topo, 2012 [1846].

_____. *El capital, libro I, capítulo VI (Inédito): Resultados del proceso inmediato de producción*. Trad. P. Scaron. México: Siglo XXI Editores, 1990 [1863-1866].

_____. “La llamada acumulación originaria”. In: *El capital, tomo I, vol. 3, libro primero: El proceso de producción del capital*. Trad. P. Scaron. México: Siglo XXI Editores, 1988 [1867], p. 891-950.

_____. “El capítulo del dinero”. In: *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política (Grundrisse) 1857-1858, 1*. Trad. P. Scaron. México: Siglo XXI Editores, 1984 [1953], p. 35-102.

_____. “Introducción para la crítica de la ‘Filosofía del derecho’ de Hegel”. In: *Filosofía del derecho*. Trad. A. Mendoza. México: Juan Pablos Ed., 1980 [1844], p. 7-22.

_____. *El capital. Tomo I. Vol. 1. Libro primero. El proceso de producción del capital*. Trad. P. Scaron. México: Siglo XXI Editores, 1979 [1867].

_____. *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Trad. W. Roces. México: Editorial Grijalbo, 1968 [1930].

- MARX, K., ENGELS, F. “La ideología alemana”. In: *La cuestión judía y otros escritos*. Trad. W. Roces. Madrid, Buenos Aires: Planeta-Agostini, 1992 [1846], p. 143-223.
- POGGI, G. *Dinero y modernidad: La filosofía del dinero de Georg Simmel*. Trad. N. Dottori. Buenos Aires: Nueva Visión, 2006 [1993].
- SABIDO RAMOS, O. “Georg Simmel y los sentidos: una sociología relacional de la percepción”. *Revista Mexicana de Sociología* 79 (2), p. 347-400, 2017.
- _____. “The Senses as a Resource of Meaning in the Construction of the Stranger: An Approach from Georg Simmel’s Relational Sociology”. *Simmel Studies. New Series* 21 (1), p. 15-41, 2017.
- SENNETT, R. *Carne y piedra: El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza Editorial, 1997.
- SIMMEL, G. *Sociología: Estudios sobre las formas de socialización*. Trad. J. Pérez-Bances. México: Fondo de Cultura Económica, 2014 [1908].
- _____. *Filosofía del dinero*. Trad. R. García. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1977 [1900].
- _____. *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*. Trad. S. Mas, G. Muñoz. Barcelona: Península, 1988 [1911].
- _____. “The Berlin Trade Exhibition”. *Theory, Culture, and Society* 8 (3), p. 119-123, 1991.
- _____. *Cuestiones fundamentales de sociología*. Trad. Á. Ackermann. Barcelona: Gedisa, 2002 [1917].

- _____. “El dinero y la cultura moderna”. In: *Cultura líquida y dinero: Fragmentos simmelianos de la modernidad*. Ed. y trad. C. Sánchez Capdequí. Barcelona: Anthropos, 2010, p. 1-15.
- _____. “Psicología del dinero”. In: *Cultura líquida y dinero: Fragmentos simmelianos de la modernidad*. Ed. y trad. C. Sánchez Capdequí. Barcelona: Anthropos, 2010, p. 79-93.
- _____. *Las grandes urbes y la vida intelectual*. Trad. R. Hernández. Madrid: Herminia Editores, 2016.
- _____. *Sobre la diferenciación social: Investigaciones sociológicas y psicológicas*. Trad. L. Lewkow. Barcelona: Gedisa, 2017.
- STEWART, J. “Georg Simmel at the Lectern: The Lecture as Embodiment of Text”. *Body & Society* 5 (4), p. 1-16, 1999.
- SYNNOTT, A. “A Sociology of Smell”. *Canadian Review of Sociology* 28, p. 437-459, 1991.
- TURNER, B. *El cuerpo y la sociedad: Exploraciones en teoría social*. Trad. E. Herrán. México: Fondo de Cultura Económica, 1989 [1984].
- URRY, J. “City Life and the Senses”. In: *A Companion to the City*. Oxford: Blackwell, 2008, p. 388-397.
- VANNINI, P., WASKUL, D., GOTTSCHALK, S. *The Senses in Self, Society and Culture: A Sociology of the Senses*. Nueva York, Londres: Routledge, 2012.
- WEINSTEIN, D., WEINSTEIN, M. “On the visual constitution of Society: The contributions of Georg Simmel and Jean-Paul Sartre to a Sociology of the Senses”. *History of European Ideas* 5 (4), p. 349-362, 1984.

WHEEN, F. *Karl Marx*. Trad. R. Fontes. Madrid: Penguin Random House Grupo Editorial España, 2015 [1999] (edición Kindle).

VERNIK, E. *El otro Weber: Filosofías de la vida*. Buenos Aires: Colihue, 1996.

_____. *Simmel: Una introducción*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2009.